



Otra vez . . .

Cristóbal de Gamón

por LUIS MICHELENA

Esto más que un artículo es la historia tragicómica de un artículo abortado. Debía, además, haber sido escrito por Fausto Arocena o, mejor todavía, no debía haberlo escrito nadie, como verá quien resista hasta el final.

Lo mismo que Arocena, he sentido siempre el más vivo interés por la persona y la obra del primero, en el tiempo y en el rango, de los escritores renterianos, cuyo nombre encabeza estas líneas, por más que el mío haya sido un interés contemplativo y por ello ineficaz. Nunca he tratado seriamente de conseguir sus obras, cosa que hoy no sería una empresa titánica, pero, con todo, pensaba dedicarle en "OARSO" el artículo de este año. En efecto, y aunque con ello divulgue un secreto a voces, es posible con algo de práctica escribir sobre libros que no se han leído y hasta, quizá, decir algo razonable acerca de ellos.

Como nuestro batallador Juan Ignacio de Gamón es la fuente de que todos partimos, resumiré, para empezar, lo que éste dice de su lejano pariente. Cristóbal de Gamón fue natural y originario de esta villa: hay constancia, señala Arocena, de que un Christóval, hijo de Antón de Gamón y de María de Gaviria, fue bautizado en nuestra parroquia el 7 de agosto de 1573. Se doctoró en la Sorbona y fue consejero de Enrique IV de Francia, no sin que esto le costara persecuciones de parte de los calvinistas, antiguos correligionarios del rey. Y, aunque no llegó a alcanzar los cuarenta años, fue autor de varias obras, muy leídas por aquel entonces, que se publicaron "en León de Francia" a fines del siglo XVI y principios del siguiente: *Verger poétique*, *Les pescheries* con "los placeres desconocidos del mar y del agua dulce", *Le jardin de poésie*, del que se separó más adelante *Le trésor des trésors*, poema sobre la alquimia, y por último *La semaine, ou création du monde, contre celle de Du Bartas*, cuya primera edición es de 1609.

La verdad es que no me sentía demasiado atraído por la obra de un versificador, por más que hubiera gozado de cierto favor en su tiempo y hubiera escrito —movido por graves razones dogmáticas, parecía sobreentenderse— contra la obra del hugonote Du Bartas, "la creación del mundo contada por un gascón" según definición de Sainte-Beuve, uno de los grandes éxitos de librería de todos los tiempos. Me atraía más bien una circunstancia extraña a la obra. Don Juan Ignacio, curándose en salud, advertía que nada tiene de particular que Cristóbal estudiase en Francia y se estableciese

allí, ya que era corriente "en aquellos tiempos y anteriores, en las familias del país y en las de otras partes de España, enviar sus hijos a seguir estudios a universidades de aquel Reino", como ocurrió con San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y otros. En nuestro caso, además, concurría la circunstancia de que el arciprestazgo menor de Guipúzcoa, incluida Rentería, formó parte de la diócesis de Bayona, hasta que Felipe II consiguió su agregación a la de Pamplona en 1566.

Ahora bien, estos argumentos me parecían, y me siguen pareciendo, totalmente especiosos. La separación de nuestro arciprestazgo del obispado de Bayona, no por provisional menos efectiva, es anterior al nacimiento de Cristóbal. Y, si viajar, estudiar y vivir más allá de los Pirineos era normal "en tiempos anteriores" —para San Ignacio, San Francisco, los Valdés, el doctor Laguna y hasta Cristóbal de Castillejo, por muy tradicionalista que fuera—, no lo era sin embargo "en aquellos tiempos", es decir, en los de Gamón y sus contemporáneos.

Entre unos y otros tiempos media un hecho que muchas historias —y otras que llevan ese nombre, como la póstuma del padre Fernández de Retana— silencian o citan de pasada, aunque sea más importante que la batalla de San Quintín o la de Gravelinas: el alcance de las consecuencias es el mejor criterio de pertinencia histórica. Sin embargo, en Cabrera de Córdoba, por ejemplo, podemos leer que Felipe II visitó Lovaina en 1559, dio buenos consejos y nuevos privilegios, aumentó las cátedras y sus dotaciones, y creó una nueva universidad en Douai. Y, acto seguido, un tanto paradójicamente, "hizo buscar a todos los muchachos Españoles de la Universidad i escuelas i doctrinas, i embarcarlos, para que no aprendiesen lo que podría dañar a ellos i a su patria". Este cierre de las fronteras culturales se extendió después a toda Europa, protestante o católica, y una de sus secuelas, inverosímil pero cierta, fue que Diego de Torres Villarreal, tañedor de guitarra y fabricante de almanaques profético-meteorológicos, ganara por oposición la cátedra de Matemáticas de Salamanca a principios del siglo XVIII.

Cristóbal de Gamón se nos aparece, pues, como un contrabandista para quien las fronteras, cerradas o abiertas, no existen: como desertor y hasta tráfuga (Axular, al fin y al cabo, había estudiado en España) en lo que el señor Elías de Tejada llama con entusiasmo "la lucha de las Españas contra Europa". Su misma adhesión al Bearnés, más tarde Rey Cristianísimo y enemigo siempre de Felipe II, corrobora esta impresión. No habría necesitado más don Marcelino para percibir el consabido tufillo de azufre.

Y la verdad es que no se habría equivocado. Hay una fuente, independiente de don Juan Ignacio —porque el Dic-

cionario geográfico-histórico que cita no lo es—, que no es distinguido mencionar entre eruditos, aunque se recurra a ella subrepticamente. En consultarla pensaba —hablo del Espasa, sea dicho con perdón—, pero me retenían dos temores contrapuestos: temor a no hallar nada y temor a hallar algo inconveniente. Pues bien, Arocena, más libre que yo de inhibiciones, ha dado el paso, con los resultados que van a verse.

Cristóbal era de religión reformada y, por lo tanto, curreligionario estricto de Du Bartas. Esto podría ser el bienvenido granito de sal, pero es que además su padre, también protestante, se llamaba Aquiles, nombre un tanto sorprendente en un paisano nuestro. Mejor —o peor— dicho, se llamaba en realidad Achille, ya que este Gamon sin acento había nacido en Tournon y su hijo Christophe, siempre según el Espasa, vio la primera luz en Annonay (Ardèche), al norte de Valence, “où le Midi commence”. Lo que tenía en común con el renteriano Cristóbal de Gamón era —casi— el año de nacimiento, el nombre y el apellido. Y éste probablemente, como ya sospechaba Carmelo de Echegaray, por no ser vasco, pese a su larga vinculación a Rentería, ni siquiera gascón (es decir, antiguo vascón) como Du Bartas, sino languedociano a secas.

Visto esto, lo menos que se puede decir es que la reticencia de Gamón, que tuvo acceso a buenas fuentes sobre la vida y la obra de Cristóbal, resulta sospechosa. Su argumento adicional, el “jeroglífico alusivo”, especie de Atlas volador que ostentaba la casa Diegonea hasta que fue destruido en 1794, tampoco tiene mayor fuerza: no hay que olvidar que entre nosotros los soldados de la Convención francesa han sido durante muchos años, hasta que se les ha encontrado sustituto, cabeza de turco y chivo expiatorio de cualquier desaguisado, real o imaginario. La alusión a *La semaine*, por otra parte, no es evidente, ni muchísimo menos.

Podemos dejar las cosas como están y seguir fiándonos de la palabra de nuestro historiador, aunque le adivinemos capaz de alguna leve ocultación por piedad hacia su pueblo y su familia. O podemos seguir escudriñando, a riesgo de vernos obligados a cambiar la nómina de nuestro reducido Parnaso y hasta el nombre de alguna de nuestras calles.

La crítica, como traté un día de inculcárselo a Oteiza, puede resultar más corrosiva que el sublimado y más destructora que la dinamita. En conclusión, bien están las cosas como están y es mejor no mirarlas muy de cerca. Así no aprenderemos nada que pueda dañarnos a nosotros y a nuestra patria.

ESCUELAS

Desde cualquier punto que se mire, la educación es una tarea compleja. Su complejidad nace, no de ella, sino de la vida misma a la cual sirve. A medida que la vida y la sociedad se van complicando, se va complicando también la educación.

El nacimiento natural de la educación es en la familia, pero apenas la cultura entró en la sociedad humana o la sociedad humana se metió en tareas culturales, hizo su aparición la escuela como entidad que viene a ayudar a la familia en su tarea educadora, supliendo las deficiencias culturales de la institución familiar.

A medida que la cultura ha ido tomando parte más importante en la vida del hombre, la escuela ha ido extendiéndose a más amplios sectores sociales y ha ido extendiéndose más en la vida de cada individuo. En tiempos pasados, sólo necesitaban escuelas determinadas personas, las que se habían de ocupar en tareas clericales o en algunas funciones que necesitaban conocimientos de libros y de leyes. Posteriormente, la escuela, al menos en su nivel elemental o primario, se extiende a todo el mundo. En estos años estamos asistiendo a un movimiento de opinión cada vez más amplio, según el cual la enseñanza media debe también hacerse extensiva a la juventud entera del mundo.

Si la escuela nació para cumplir una tarea intelectual predominantemente, no tardó en ponerse de relieve otro valor al cual se atiende mucho en los días que corren: el valor social.

En nuestros días no basta que la escuela se ocupe de enseñar cosas más o menos importantes. Ha de preocuparse también de que el escolar pueda ocupar decorosamente un lugar en la sociedad, aportando su trabajo a las necesidades del bien común y enriqueciendo su personalidad con las relaciones sociales.

Mas las importantes tareas que la escuela ha de cumplir, no deben ser motivo para que se desplace el centro de la responsabilidad educativa, que sigue perteneciendo, en primer lugar, a la familia. Esto quiere decir que es bueno reconocer la necesidad, la imprescindible necesidad que los chicos y los jóvenes de hoy tienen de asistir a una institución escolar, pero al mismo tiempo conviene tener bien clara y bien firme la idea de que la familia es la principal educadora y la primera responsable de toda la educación, incluyendo la educación intelectual.

¿Cómo puede hacerse la familia responsable de una tarea que se encomienda a la escuela? La contestación es clara: eligiendo la escuela mejor para los chicos, estando en relación constante con ella y vigilando la marcha del escolar. Los padres que piensan haber cumplido su obligación con mandar a sus hijos a un buen colegio, no han hecho una simple dejación de un derecho que les corresponde, sino que cometen una falta verdaderamente grave: el abandono de un deber inalienable.

Conviene que los chicos vayan cuanto antes a la escuela, incluso antes de que su madurez intelectual les permita reali-

zar trabajos culturales. Desde los cuatro o los cinco años necesita el niño un complemento social en su vida, que sólo le pueden dar los compañeros de una escuela en la cual, bajo la dirección de un maestro que se preocupe por su educación, establece contacto con otros chicos a los cuales no está ligado por los vínculos de sangre ni por los vínculos ambientales propios de la familia.

A los cuatro años no es menester que a un niño le enseñen a leer; probablemente hasta se le haría un perjuicio. Pero sí que es muy interesante que empiece a desprenderse de las faldas de su madre o de la niñera y establezca una relación, durable y vigilada, con chicos de su edad. Esta relación es algo así como la primera mirada que el niño lanza a la Humanidad fuera del círculo familiar. Después, tanto si tiene que dedicarse a un oficio manual, cuanto si ha de trabajar en tareas intelectuales, conviene al joven un contacto lo más largo posible con las instituciones escolares adecuadas.

La dureza creciente de la vida impone una mayor y más detenida preparación para ella. Lo mismo que, según nos dicen los biólogos, cuanto más larga es la vida media de una especie animal, más se prolonga su época de crecimiento, cuanto más compleja es la función social que ha de realizarse, más largo ha de ser el período de preparación. Y actualmente, cualquier oficio o profesión tiene muchas complicaciones, lo mismo técnicas que económicas y sociales.

Pero sean diez, quince o veinte los años que el chico acuda a las escuelas, son los padres quienes han de llevar, desde el principio al fin, el peso y la gloria de la responsabilidad primera en la educación de sus hijos.

J.